

CARMEN GARCÍA MONERRIS*

LAS OBSERVACIONES DE CAVANILLES EN TIEMPOS DE POLÍTICA

“...y este calor, un poco subterráneo,
que circula entre él (el siglo XVIII)
-objeto de nuestro conocimiento-
y nosotros que estamos allí para conocerlo.”

“En el corazón del siglo XVIII, Rousseau herboriza”

MICHEL FOUCAULT

RESUMEN

El presente artículo es una reflexión sobre Cavanilles y su obra más paradigmática, las *Observaciones*, en el contexto de la Ilustración finisecular. Esta es entendida no sólo en su específico horizonte cultural y científico, sino también como la posibilidad de una praxis política propiciada desde el mismo desarrollo del estado de la Corona. Las *Observaciones* serían, así, la plasmación de una peculiar forma de entender una política de “buen gobierno” que necesita de una “economía política” tan imprecisa en sus contornos teóricometodológicos como capaz de concretar un conocimiento pragmático que conduzca al ordenamiento y control de hombres y riquezas. El punto de vista territorial se convertirá, en este contexto, en el aglutinante de una pluralidad de saberes incapaces todavía de imponerse “autónomamente”.

RÉSUMÉ

Il s'agit d'une réflexion sur Cavanilles et son oeuvre la plus paradigmatique, les *Observaciones*, dans le contexte de l'illustration finisécular. Elle n'est pas seulement comprise dans son horizon culturel et scientifique, mais aussi comme la possibilité d'une praxis politique rendue propice par le développement de l'état de la Couronne. Les *Observaciones* seraient ainsi la plasmation d'une forme particulière de comprendre une politique de “bon gouvernement” que a besoin d'une “économie politique” imprécise dans ses contours théorico-méthodologiques mais capable de concrèter une connaissance pragmatique qui conduise à l'ordonnance et le contrôle des hommes et de leurs richesses. Le point de vue territorial se convertira, dans ce contexte, en l'agglutinant d'une pluralité de savoirs encore incapables de s'imposer sous forme “autonome”.

* Departamento de Historia Contemporánea. Universitat de València.

Muy pocas veces, como en el siglo XVIII, se ha dado una relación tan estrecha entre el saber y el poder político. Al respecto, sigue siendo sugerente la afirmación de Foucault de que “el poder, lejos de estorbar al saber, lo produce”. O aquella otra reflexión suya, más matizada, en la que insistía en la proximidad de ambas “praxis”: “... tengo la impresión -decía en 1975- (de) una perpetua articulación del poder sobre el saber y del saber sobre el poder. No basta con decir que el poder tiene necesidad de éste o aquel descubrimiento, de ésta o aquella forma de saber, sino que ejercer el poder crea objetos de saber, los hace emerger, acumula informaciones, las utiliza... El ejercicio del poder crea perpetuamente saber e inversamente el saber conlleva efectos de poder”.¹

El siglo XVIII, el de la Razón ilustrada, suele proporcionarnos una sensación ambivalente y muy foucaultiana de liberación y de control al mismo tiempo. No debería resultar difícil, desde cualquier campo del saber humano, ponernos de acuerdo en algunas de las claves que expliquen dicha sensación. Apuntaré tan sólo una que me parece significativa: a lo largo de esa centuria, en una gran parte de los países europeos occidentales, se ensayó, por una parte, la aparente contradicción de hacer compatible la liberalización de las ataduras corporativistas y monopolísticas de la población y su enriquecimiento individual, con una presencia *desaforada*,² por la otra, del poder político sobre el cuerpo social.

Con lo anterior no pretendo imaginar el absolutismo reformista como una forma de gobierno de transición, capaz de presuponer en sus políticas lo que sería la gran eclosión de la sociedad decimonónica posterior. Es más una indicación que apunta a la necesidad de descubrir esa lógica reformista de intervención desde los mismos supuestos que conformaban la vieja concepción de la política en el ordenamiento europeo pre-estatal, aunque la superaban en algunos aspectos. Entre lo que devino la sociedad y la política tras la eclosión revolucionaria de la primera mitad del siglo XIX y lo que la precedió en la centuria anterior, queda todo un margen de juego dialéctico entre la continuidad y la ruptura que necesariamente debe ser analizado y aprehendido desde ambos supuestos, aunque matizando y conteniendo los efectos de cada uno de sus extremos. Si resulta imposible pensar la sociedad civil decimonónica -y tantos otros aspectos- sin los “logros” de ese espacio unitario y común que diseña la monarquía en el siglo XVIII, igualmente resulta incorrecto pensar que la política desplegada por ésta respondía a un contexto que, inevitablemente, suponía o contenía aquella.

En su proceso de consolidación y expansión el estado de la Corona fue delimitando un espacio de lo político más allá del estricto sentido jurisprudencial tradicional que conducía a la despolitización progresiva del resto de cuerpos y estados que conformaban la sociedad. Por oposición a las particularidades y a las diferencias, se fue creando un espacio de “lo común” que, resolviéndose en “la universalidad” de la Corona, consentía, paradójicamente, el juego de las individualidades y de los intereses diversos. La sociedad

¹ FOUCAULT, M., *Microfísica del poder*. Madrid, Edic. La Piqueta, 1979 (2ª), págs. 107 y 99, respectivamente.

² Utilizo este término en su sentido más etimológico de quebrantar los “fueros” y no en el figurado de actuar con desorden y atropellamiento en exceso. La política, como campo autónomo de intervención, empezó a elaborarse desde esa perspectiva desestructuradora de los cuerpos intermedios y de los estamentos politizados. Se quebraron las múltiples referencias horizontales de reconocimiento-fidelidad y se las sustituyó por la más unidireccional de un único estado y por la más simple, y a la vez universal, del sujeto individual portador de derechos y de necesidades. Cfr., por oposición a la contemporaneidad que se anuncia en el siglo XVIII, la antropología política de la edad moderna que Bartolomé Clavero llegó a resumir en esa pluralidad de “tantas personas como estados”, en CLAVERO, B., *Tantas personas como estados. Por una antropología política de la historia europea*. Madrid, Tecnos, 1986.

marchaba a pasos agigantados hacia una “despoliticación” consentida e impulsada por aquella instancia: el estado de la Corona, que era cada vez más político, más general y más común. No obstante, la política que emergía entre los intersticios de la vieja sociedad estamentalizada no era aún ni la expresión de derechos, ni el escenario para su consecución y defensa. En manos de la monarquía y de su burocracia era, en todo caso, un horizonte desde el que se posibilitaba un amplio espectro de intervenciones más o menos reformistas que fueran moldeando la sociedad con una pasión casi “constituyente”. Durante un cierto tiempo, la confluencia entre el enriquecimiento y el desarrollo individual con el engrandecimiento del Estado de la monarquía configuró ese espacio de lo político y de “lo común” como un imaginario de la acción reformista que la crisis finisecular se encargaría, en todo caso, de mostrar en sus justos límites y en sus contradicciones.³

Es desde esta perspectiva de una peculiar política, desde la política del “buen gobierno” y de la intervención, frente a la política de los derechos y de la participación, desde donde entiendo que cobra pleno sentido esa afirmación de la relación estrecha en el siglo XVIII entre poder político y saber. Por otra parte, creo que, en una necesidad proyectada desde lo político y en una proyección de poder desde el conocimiento, es donde se sitúa, posiblemente con una claridad paradigmática, la obra de Cavanilles. Sus *Observaciones* (1795-1797) son una muestra, al final de ese “corto siglo XVIII”, de ese horizonte reformista marcado por un contorno netamente político, pero en el que todavía no habían emergido los políticos en su sentido más moderno. El ámbito de conocimiento (y de control) que proyecta desde su obra no puede desgajarse de un entorno, más o menos preciso, más o menos difuso, de intervención política al que él se encuentra indisolublemente unido, precisamente desde su condición de intelectual. Considero por ello que la disyuntiva que, en ocasiones, se ha querido establecer, entre un Cavanilles debatiéndose entre “la Ilustración y la política”, no resulta excesivamente esclarecedora, al descansar, de hecho, en una oposición más imaginaria que real. Tampoco me parece analíticamente correcta esa otra, un poco más precisa, entre “la ciencia y la política de la Ilustración”, desde el momento en que era difícilmente concebible un ámbito de autonomía de lo científico (de algunas “ciencias” o saberes, al menos) por oposición al pragmatismo de lo político.⁴ En el presente artículo me propongo reflexionar sobre las *Observaciones* y su autor al hilo de alguna de las sugerencias apuntadas.⁵ El mundo y el tiempo de Cavanilles era todavía el del reformismo ilustrado y el de una política proyectada desde un centro decisorio que, más que admitir políticos y ciudadanos, reclamaba la acción de burócratas y fomentaba la instrumentalización de los saberes. Pocos años después, esa nueva política

³ A propósito del amplio debate historiográfico sobre las “peculiaridades” de la política del reformismo ilustrado o del Iluminismo, vid. DI RENZO, E., “Iluminismo político? Alcuni problemi di metodo sulla storiografia politica del settecento en *Studi Storici* (1995), n° 4, págs. 977-1010.

⁴ Estoy pensando en los, por otra parte muy válidos, trabajos de MESTRE, A., “Cavanilles, entre la Ilustración y la política”, en *Saitabi* (1983), XXXII, págs. 157-180; y de MATEU BELLES, J.F., “El viaje de Cavanilles por el Reyno de Valencia (1791-1793)”, prólogo a la edición facsímil de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Castellón de las *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*. 1991, sin paginar. A los dos recurriré con frecuencia a lo largo de este artículo.

⁵ Conste mi agradecimiento al profesor y amigo J. F. Mateu, posiblemente uno de los mejores conocedores de la trayectoria intelectual y personal de Cavanilles, por las sugerencias y material proporcionado para este trabajo. Es muy difícil a estas alturas decir algo novedoso sobre este ilustrado. Mi pretensión no se dirige en este sentido, sino en el más modesto de apuntar algunas claves que nos permitan entender al autor y a su obra desde una perspectiva superadora del tradicional desgarró entre “ciencia” y “política”, entre la pre-modernidad y la eclosión positivista de las ciencias en el siglo XIX.

que nuestro botánico percibió con dificultad en el París revolucionario y que, en cualquier caso, nunca llegó a comprender al sobrevenirle la muerte en 1804, estallarían con todas sus consecuencias. De momento sin embargo, era, como se ha dicho, una política sin políticos.

DE COMO LOS "RICOS HERBARIOS Y LOS JARDINES" PODÍAN ENCERRAR UN MUNDO ENTERO

Antonio J. Cavanilles representa uno de esos casos -tan abundantes a lo largo del siglo XVIII- difíciles de catalogar en cuanto a su perfil formativo y a sus plurales intereses y vocaciones. Su progresivo decantamiento hacia la botánica, a partir de la década de los 80, no puede hacernos olvidar su formación inicial en el campo de la filosofía y de la teología, ni su interés, poco selectivo al principio, por el amplio universo de esa historia natural que aparece como cuna y contenedor de cosas y de seres vivos -incluido el hombre y su historia- y como espacio de aproximación-separación entre todos los fenómenos y los individuos que la pueblan.⁶

Sabemos ya que el acontecimiento responsable de este interés del clérigo por el mundo de la naturaleza fue su traslado a París, en 1777, en calidad de preceptor de la casa del duque del Infantado. Allí entraría en contacto con el ambiente intelectual y científico de la capital francesa. Era un momento de auténtico empeño por la observación, la ordenación y la clasificación, auténticos puntales metodológicos destinados a superar los viejos esquemas generalistas y escolásticos de cualquier ámbito del saber. El propio conocimiento humano, en sus múltiples y variadas modalidades, seguía también un idéntico camino de recopilación y ordenación, de pretensiones generales y universales, que culminaría con la *Enciclopedia*, o *Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios*, de Diderot y D'Alembert. Precisamente, la llegada de Cavanilles a París coincidiría con la publicación de los suplementos e índices generales de aquella, llevada a cabo por el librero Panckouke y sus socios.

La *Enciclopedia*, que tanto habría de influir en el joven preceptor y en algunos de los ilustres personajes que componían su círculo, no era hija de la razón ilustrada sólo por el contenido de sus voces o los temas que incluía. Su misma forma de presentación y ordenación del pensamiento respondía a aquellos presupuestos de concatenación y circularidad con que se estaban empezando a observar, desde el más simple de los artefactos mecánicos, hasta el modelo más abstracto de funcionamiento del cuerpo social y político. Como advertía el propio D'Alembert en su "Discurso preliminar", la obra tenía dos objetivos: "...en cuanto que *Enciclopedia*, debe exponer en la medida de lo posible el orden y el encadenamiento de los conocimientos humanos; en cuanto que *Diccionario razonado* (...) debe contener sobre cada ciencia y sobre cada arte (...) los principios generales en que se basa y los detalles más esenciales que constituyen su cuerpo y su substancia".⁷

En otro orden de cosas, la estancia de Cavanilles en París, que se prolongaría hasta los primeros meses de la revolución, se vio acompañada de otra circunstancia: el conocimiento y la amistad que entabló con otro ilustrado español, José Viera y Clavijo, preceptor a su vez de la casa del marqués de Santa Cruz, familiar de los Infantado. La coinci-

⁶ Una espléndida aproximación a esta *episteme* de la historia natural y su significado desde una perspectiva "arqueológica" de los saberes en FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, F.C.E., 1968, págs. 126-163. Como se tendrá ocasión de comprobar, bastantes de las ideas y directrices de este trabajo me han sido sugeridas por este libro.

⁷ Sacado de SOBOWL, A., *La Enciclopedia: historia y textos*. Barcelona, Crítica, 1988. La cita de D'Alembert en pág. 37.

dencia de los dos clérigos en la capital francesa duró poco más de un año, exactamente hasta que la familia Santa Cruz -y con ella Viera- regresara a España por la enfermedad de su hijo, el marqués del Viso. No obstante, la distancia entre los dos amigos fue paliada a partir de este momento con una abundante correspondencia que cronológicamente se extendió desde agosto de 1778 hasta el 20 de enero de 1792, momento en que Cavanilles había ya realizado su primer periplo por el antiguo Reyno de Valencia. Se trata, por tanto, de una documentación clave. Así lo advirtió ya su editor y así ha venido siendo confirmado por la utilización que de ella han hecho cuantos se han aproximado a la vida y obra del botánico valenciano. Resulta especialmente útil para la reconstrucción del ambiente intelectual parisino en el que completó su formación.⁸ Creo, sin embargo, que de su atenta lectura es posible sacar alguna que otra directriz novedosa que, en todo caso, contribuya a aclarar alguno de los aspectos que me propongo en este trabajo.

Los primeros meses de estancia de las dos familias nobles en París parece que fueron bastante animados y aprovechados con especial dedicación. Después de un recorrido por Flandes, los dos clérigos-preceptores asistieron a varios cursos desarrollados por personalidades del momento durante el invierno de 1777-1778: un curso de física de Sigaud de La Fond, otro de ciencias naturales de Valmont de Bomare, o el de química y mineralogía de Sage.⁹

Sin embargo, el regreso de su amigo Viera a España, concretamente a Valencia, pareció sumir a Cavanilles en un cierto desconcierto, no exento en ocasiones de melancolía, o de claro hastío. La comparación entre su situación y la de su amigo, al que considera deserrado "en lo mejor de la Península", era inevitable: "Amigo, admiro la prudencia que Vm. ha tenido en callarme el viaje a Valencia, sin duda por no darme un mal rato con los deseos ineficaces que debían nacer al leer semejante noticia...; y, pues yo no puedo, disfrute Vm. esta felicidad que a manos llenas le presenta la naturaleza". La proximidad del invierno hacía resaltar todavía más la dispar situación en que se hallaban ambos personajes. En octubre de 1778 escribía Cavanilles: "Aquí estamos ya amenazados de mis enemigos, pues los árboles dejan caer sus hojas por no poderlas mantener, el termómetro bajo con precipitación al hielo, los vientos nos pelan los bigotes, las lluvias continuas nos llenan de tinieblas..., en una palabra, todo anuncia frío y nos dice a gritos: ¡Ropa, chimeña, encierro!"¹⁰

El invierno de 1779-1780 parecía presentársele especialmente insorportable. El 27 de noviembre escribía a su interlocutor: "Ya se verificó nuestra buelta a esta Babilonia y hemos dejado la pureza y la diversión de Atis por la inmundicia de París. ¡Qué puerca, obscura y desagradable la he encontrado! Como ya no voy a ningún espectáculo, no tengo más comercio que con mi calle y un par de yglesias que descubro desde la puerta; me veo en la precisión de apechugar con libros y papeles hasta artarme..." Más adelante,

⁸ Me estoy refiriendo a las *Cartas a José Viera y Clavijo*, de José Cavanilles, en la edición que hiciera Alejandro Cioranescu. Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife, 1981.

⁹ Datos entresacados de la "Introducción" de A. Cioranescu a la edición de las cartas de Cavanilles, pág. 8.

¹⁰ De Cavanilles a Viera, 11-IX-1778 y 17-X-1778, respectivamente. Todas las citas que tengan que ver con esta correspondencia están hechas a partir de la edición de Alejandro Cioranescu (1981). En esta última carta de octubre de 1778 Cavanilles muestra ya la que será una constante y casi una necesidad cuando se decante de manera más clara hacia la botánica: el rechazo al invierno por tratarse de una estación cuyos rigores impiden un contacto mayor con la naturaleza. Serán frecuentes las ocasiones en que exprese, frente al encierro obligatorio durante esta estación, el alborozo que le produce la llegada de la primavera o el verano. Tal como ha puesto de manifiesto Mateu, durante su viaje por el Reino de Valencia, mantuvo sistemáticamente tan arraigada costumbre: trabajo de campo y viajes de primavera a otoño, y regreso a la Corte en invierno para trabajar en el gabinete. MATEU, J.F., "El viaje de Cavanilles..."

en enero del año siguiente, insistirá en el mismo tono lastimero y de auténtica desesperanza tras comunicar a Viera un constipado que le había obligado a guardar cama: “Ya ve Vm. que éste es un nuevo motivo para manifestar mi agradecimiento a este país, de donde nada sano saco sino dislocaciones y alborotos de humos, sin contar los frecuentes y enfadosos tortícolis; porque eso de filosofar, calcular y sociedad agradable (a no ser la doméstica) no lo hago jamás sino con los papeles que leo en mi camarote, y que llegan también a Manzanares porque a nadie visito y me pagan todos con la misma moneda”.¹¹

Podía dar la impresión que la vida de este valenciano en París iba a consumirse en ambientes cortesanos-nobiliarios harto diletantes, donde el único horizonte intelectual parecía agotarse en la educación de los retoños de la aristocracia. Descripciones de lo primero no faltan: “Teníamos bella compañía de damas y príncipes -dice refiriéndose a una estancia en un castillo señorial-, pesca a las ventanas de casa, caza a la puerta; poco más allá, liebres, faisanes, perdices, redes y liga...”¹² E insinuaciones de lo segundo, tampoco: “Mi diversión y ocupación -decía- se reduce a emplearme enteramente en el adelantamiento en instrucción de estos señoritos y, como esto no varía ni el país contribuye en nada a ello, Vm. podrá inferir si tengo razón de detestar París, sus perpetuas nieblas, inmundicias, etc”.¹³ Su interés tampoco parecía decantarse por las novedades más literarias hacia las que en ocasiones mostrará un cierto desprecio por oposición a las producciones más utilitarias.¹⁴

La llegada de Cavanilles a París coincidió con los primeros años del reinado de Luis XVI (1774-1792) y con momentos de clara impronta reformista en los márgenes de un despotismo ilustrado en difícil equilibrio entre los intereses corporativistas y los estamentales. En 1776, el fisiócrata y librecambista Turgot había tenido que dimitir de Hacienda tras diseñar un conjunto de medidas que iban desde la libre circulación de cereales hasta la abolición de los gremios y corporaciones. Su sucesor, Necker, hubo de hacer frente a los gastos derivados de la guerra contra Inglaterra, al tiempo que se embarcaba en un amplio programa de reformas que se focalizarían en la modificación del procedimiento judicial y en la institución en 1778 de unas Asambleas provinciales.¹⁵ Él fue el primer ministro que presentó un estado de cuentas sobre la situación financiera y de su ministerio; *compte rendu* que parece que fue el detonante para su destitución (1781). El momento era bastante fluido e intenso en cuanto a acontecimientos. De hecho, los fracasos sucesivos de los ministros Calonne (1787) y Brienne (1788), unidos a los de los dos anteriores “jalaron la última fase de la prolongada lucha entre la Corona y los Parlamentos iniciada desde la muerte de Luis XIV, y que incidió directamente en la quiebra del Estado, puesto que lo

¹¹ De Cavanilles a Viera, 27-XI-1779 y 8-I-1780, respectivamente.

¹² De Cavanilles a Viera, 11-IX-1778. El ambiente cosmopolita y aristocrático en el que se movía Cavanilles queda perfectamente reflejado en algunos pasajes de la carta que le escribió a Viera desde el balneario de Spa, el 16 de agosto de 1781, donde le relata el viaje que había realizado a Bruselas para asistir a la coronación del emperador José II y la posterior estancia en Tournay, en la casa de campo del obispo Guillaume de Salma, hermano de la duquesa del Infantado. No obstante, es también aquí donde el contraste entre el diletante y cortesano Cavanilles con aquel otro que empieza a interesarse de una manera realmente puntillosa por la naturaleza, las plantas y todas las riquezas, queda de manifiesto quizá por primera vez con unos perfiles realmente significativos. De la misma manera, su conversación en ese mismo balneario con el abate Reynal y las opiniones que de él expresa, parecen marcar un punto de inflexión en su trayectoria intelectual.

¹³ De Cavanilles a Viera, 8-I-1780.

¹⁴ “Estamos pobres en nuestras producciones literarias. La manía de romances y algunas traducciones les hace olvidar a estos hombres cuán útiles han sido sus antepasados; pero tal vez luego tendremos algo interesante, que se podría reputar por nuevo, -esto es, la historia del abate Reynal”. De Cavanilles a Viera, 1-III-1781.

¹⁵ Sobre el significado de estas y otras reformas, vid. GARCÍA MONERRIS, E. y SERNA, J., *La crisis del Antiguo Régimen y los absolutismos*. Madrid, Síntesis, 1994, págs. 89-110.

que se debatía era una pugna entre dos sistemas de competencia dentro del Absolutismo”¹⁶

Ningún acontecimiento de los muchos que sacudían en ese momento el difícil equilibrio de la sociedad francesa y, sobre todo, diseñaban una auténtica crisis política y de poder, fue recogido por Cavanilles a lo largo de su correspondencia con Viera. La información debía llegarle de manera puntual, teniendo en cuenta los círculos sociales en los que se movía, su silencio, por tanto, no parece ser producto de una desinformación cuanto de un desinterés o, en todo caso, de una concepción de la política ligada exclusivamente a los planes de una corte y un gobierno. El 1 de marzo de 1781 se hacía eco de lo que, sin duda, debió resultar una extraordinaria novedad en el París del momento: el ya aludido *Compte-rendu au Roi* de Nécker. No obstante, el contexto en el que sale a colación en su misiva no deja de ser significativo de la escasa importancia que le otorga, hasta el extremo de rozar la ridiculización: “Como Necker ha dado al Rey una cuenta exacta y pública de su ministerio, también podremos los ministros inferiores darla a quien corresponde de nuestros encargos, y así, sepa Vm. que los que me hizo desde abril del año pasado importan 346 libras y ocho sueldos, en la forma que van en esa cuenta, cuyo importe pediré luego a Llovera, como Vm. me ha prevenido...”¹⁷

Puede afirmarse con total rotundidad que el único evento recogido por Cavanilles desde el inicio de su correspondencia y de una manera reiterada fue el conflicto que enfrentó a Inglaterra con Francia y España por la independencia de las 13 colonias americanas y por el control del comercio colonial. La alianza entre Francia y Estados Unidos en 1778 y la posterior entrada de España en la guerra, al año siguiente, coincidieron con los inicios de la correspondencia entre nuestros dos clérigos. Las primeras alusiones al conflicto se recogen ya en la primera carta del 11 de agosto de 1778 y continúan de manera casi ininterrumpida hasta la firma del Tratado de Versalles que Cavanilles refleja en su carta de 8 de febrero de 1783. Sus relatos transmiten, en ocasiones, la proximidad y el interés del que se mueve en unos círculos sociales entre los que el arte naval era un arte eminentemente aristocrático y, por tanto, bien conocido. En otras, dejan traslucir, a través de algún comentario distanciador, su escaso interés por el asunto, como si, en este aspecto, actuara a instancias de su amigo Viera que le reclamaba noticias. En cualquier caso, a través de sus crónicas, podemos alcanzar un conocimiento más o menos cabal del movimiento de los barcos componentes de las respectivas flotas y el número de bajas, pero muy difícilmente podemos deducir de ellas ningún tipo de valoración o significación política. La primera alusión a la guerra se abre con el descorazonador y distante calificativo de “peloterías” y, de hecho, poco más que esta impresión puede desprenderse de la lectura de los múltiples fragmentos a ella dedicados.

Hay momentos -muy escasos- en los que Cavanilles parece deslizarse hacia un relato más valorativo que descriptivo, pero pronto se arrepiente de ello. Así, el 5 de marzo de 1782, refiriéndose a lo erróneo que le parece la destrucción de las fortificaciones de la isla de Menorca, tras la toma de Mahón, concluye diciendo: “Pero yo no puedo entrar en los planos de un gobierno, y así, puede ser que me equivoque...”. En otros, como el 14 de octubre del mismo año, su interrupción es más brusca y claramente denotativa de sus nuevos y crecientes intereses: “Pero dejemos a un lado estos instrumentos infernales y vamos a nuestra botánica.”¹⁸ Para el preceptor valenciano, el enfrentamiento entre

¹⁶ CASTELLIS OLIVAN, I., *La revolución francesa (1789-1799)*. Madrid, Síntesis, 1997, pág.41.

¹⁷ De Cavanilles a Viera, 1-III-1781.

¹⁸ De Cavanilles a Viera, 5-I-1782 y 14-X-1782, respectivamente.

Inglaterra y las dos potencias borbónicas, Francia y España, no pasa de una enemistad entre casas reinantes cuyos efectos económicos sobre la población intuye, único aspecto éste que parece preocuparle sin que, no obstante, llegue a sacar de ello ninguna conclusión precisa: "...lo cierto -dirá el 10 de agosto de 1779- es que pasa el tiempo y se malogra la ocasión de haber dado un golpe decisivo al que miramos como enemigo de nuestros reyes, lo que, junto a los gastos inmensos que hace esta potencia en tener pronta la gente, barcos y demás chismes para el desembarco, hace levantar el grito hasta las nubes". "A buena cuenta -concluye- nada sabemos de lo que pasa en América ni Europa", confundiendo, posiblemente, su despreocupación con una falta de información en general.¹⁹

La valoración que le merece la firma de la paz, en 1783, es, con toda seguridad, el relato más significativo que Cavanilles llega a transmitir de este prolongado conflicto. Una vez más, todo parece indicar que su problema no había sido el de la desinformación, sino el de la despreocupación "Ya habrán visto Vms. los preliminares de paz que se firmaron aquí el 20 del pasado, y creo quedará contenta la nación, por ser la más ventajosa que hemos hecho en un siglo, logrando al mismo tiempo desmembrar una porción considerable del coloso inglés". Por primera vez, Cavanilles, obsesivamente preocupado por "las cosas de la naturaleza" desde su llegada a París, parecía añorar una mirada más atenta hacia "las cosas de la sociedad": "¡Qué bella ocasión para escribir la historia de esta guerra, tan interesante por lo general de ella y revoluciones hechas durante ocho años!" Pero no es él el que se considera preparado para ello, sino su amigo, el historiador Viera: "Me alegraría que se tentase Vm. en darnos una verdadera noticia, escrita con la libertad y espíritu filosófico que Vm. tiene. Yo, aunque pienso hacer algunas apuntes, serán solamente para instrucción de mis discípulos y enterrarlas luego con las ceremonias fúnebres que merecen mis trabajos, en nada comparables a los de Vm".²⁰

El mundo de Cavanilles, efectivamente, parecía circunscribirse cada vez más a ese ámbito de "lo experimental" y de "lo natural" del cual pugnaba por separarse el ámbito de "lo social" y de "lo histórico", aunque, paradójicamente, lo empezase a hacer desde idénticos presupuestos metodológicos. De hecho, la gran unidad epistemológica y metodológica seguía augurando todavía un amplísimo ámbito de encuentro entre los múltiples saberes emergentes en el siglo XVIII de los que Cavanilles sería también un reflejo.²¹ No obstante, su interés por las ciencias naturales, con preferencia sobre cualquier otro campo del saber, está atestiguado desde el momento mismo de su llegada a París. Si repasáramos las referencias a títulos y autoridades científicas e intelectuales a lo largo de su correspondencia, observaríamos un predominio aplastante de las referidas a las ciencias físico-médico-naturales. Así, tendríamos nombres de astrónomos como los de Charles Messier, Jean Chappe d'Auteroche, Antonio Ulloa, Michel Ferdinand d'Albert d'Ailly, Joseph Jérôme Lalande, Bertrand o Jean Sylvain Bailly, futuro presidente de la Asamblea Nacional y alcalde de París, condenado a muerte en 1793; de físicos y químicos como Ruggero Boscovich, Mathurin- Jacques Brisson, autor del *Dictionnaire raisonné de physique*

¹⁹ De Cavanilles a Viera, 10-VIII-1779.

²⁰ De Cavanilles a Viera, 8-II-1783. Tenemos conocimiento también de otro opúsculo pedagógico redactado por Cavanilles con el significativo título de *Elementos de Geografía e Historia de España*, que preparó, por lo visto, antes de su marcha a París, para los hijos del duque del Infantado, el conde de Saldaña y don Manuel de Toledo y Salm. Cit. en MATEU, J.F., "Teorías geomorfológicas europeas en las Observaciones de Cavanilles (1795-97)", en *El científico español ante su Historia La ciencia en España entre 1750-1850*. Madrid, Diputación provincial, 1980, pág. 270.

²¹ Sobre este aspecto de la profunda unidad metodológica entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales, ver el sugerente libro de OVEJERO LUCAS, F., *De la naturaleza a la sociedad. La unidad del método en la historia de las ciencias sociales*. Barcelona, Península, 1987.

(1781) en 12 volúmenes, Pierre-Joseph Macquer, autor de un *Dictionnaire de Chimie* (1778), Antoine Laurent de Lavoisier, José Serrano, J. Jacques Dortous de Mairan, Romé de l'Isle, J.P. Marat y su discípulo Jean-Jacques Filassier, el italiano Felipe Fontana, Sigaud de la Fond, M. Pilatre de Rozier, Joseph-Michel Montgolfier, Louis-Bernad Guyton de Morveau, Pierre Rousseau, Jean-Pierre Blanchard, Antoine François de Fourcroy, John Priestley o el catedrático de física de San Isidro, Antonio Solano; de médicos como el del holandés Jan Ingenhourz, también interesado por la física y por la botánica; el escocés William Buchan, autor de *Medicina doméstica* (1772); Henri-Alexandre Tessier, médico veterinario; el suizo Albert von Haller, igualmente interesado por la botánica, el holandés Herman Boerhaave, o el médico alemán Fredric Antoine Mesmer, estudioso del tema del magnetismo animal; de naturalistas y botánicos como Carl von Linné y su discípulo y profesor en Upsala Carl P. Thunberg; Jacques Pitton de Tournefort, Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon y su sucesor en el Jardín Botánico de París, Barthélemy Faujas de Saint-Fond; el abate Chaligny, Christian Jacob Threw, Jean-Pierre Bergeret, André Thuin; sus amigos Jean-Baptiste de Monet, caballero de Lamarck, y Antoine-Laurent Jussieu, sobrino del también botánico Bernard de Jussieu; o el naturalista, acompañante en la primera expedición de Cook y presidente de la Royal Society de Londres, sir Joseph Banks; o de geógrafos como Jean-Baptiste Bourguignon d'Anville o E. Mentelle, a quien Cavanilles proporcionó personalmente datos para su *Géographie comparée* (1778-1784).

Sin embargo, a lo largo de su correspondencia, el resto del horizonte intelectual y literario de Cavanilles demuestra ser bastante más retringido. Frente a la proliferación de citas o alusiones al mundo de los naturalistas, de sus experimentos y avances, las citas de personajes como Voltaire, Condorcet, D'Alambert, Diderot o Mably indican, en todo caso, el conocimiento del que hacía gala nuestro autor, aunque desprovisto de una significación especial dado el contexto en el que se mencionan y las escasas veces que se hace. De la misma manera, las relativamente abundantes alusiones a literatos en sentido estricto suelen obedecer las más de las veces a sugerencias o demandas que le planteaba su amigo y corresponsal Viera.

Las referencias a nombres de la cultura española, en general, aumentan como con secuencia de su réplica a la voz *Espagne*, redactada para la *Enciclopedia metódica* por Nicholas Masson de Movilliers. Para su elaboración solicitó información a varios de sus amigos entre los que se encontraban Viera, Juan B. Muñoz, Antonio Ponz, Juan A. Mayans, Juan Andrés o Trigueros.²² Durante el año 1784, encontramos eco en las cartas remitidas al clérigo canario, de nombres importantes de la cultura española, especialmente aquella que representan el significativo grupo de jesuitas exiliados en Italia, tales como Juan Andrés, Francisco Javier Lampillas, Agustín de Montiano o J. Antonio Masdeu. Se interesa también por las obras del orientalista Miguel Casiri y por las del conde de Campomanes, personaje éste último que parece despertar el interés especial de Cavanilles al ser sabedor de que ha entregado un ejemplar de su obra apologética a la Academia de la Historia. Es ésta una institución a la que desearía pertenecer, sin lugar a dudas.²³

²² Vid. MESTRE, A., "Cavanilles, entre la Ilustración...", págs. 166-167.

²³ En algunas ocasiones, sobre todo en las que tienen que ver con las repercusiones que pudiera despertar su respuesta a Masson, la actitud de Cavanilles es una mezcla de impaciencia y de falsa modestia que difícilmente llega a ocultar la sensación de que estamos en presencia de un hombre atento y pendiente de los mecanismos de poder y clientelares como forma de acceder a un puesto de responsabilidad o de prestigio. Desde Issy escribía en agosto de 1784 a su amigo: "Aquí me llenan de elogios quantos han leydo mi obrita (bien sé que no los merezco); pero, como se dirige contra un miembro enciclopédico y aquí todo va apandillado, ningún papel

Cavanilles es un ilustrado que, sobre el amplio e interrelacionado panorama intelectual francés y europeo, en general, muestra una predisposición clara, como hemos dicho, hacia el mundo de las ciencias físico-naturales, está en contacto con alguno de sus más conspicuos representantes y con las últimas novedades en este campo y participa de ese genérico mundo de las "luces y de la razón" que, en algún momento, llega a añorar para España, aunque con un tono ciertamente distanciador y algo despectivo hacia la "ignorancia" de la misma.²⁴

Junto a la mayoría de novedades procedente de estos campos del saber, Cavanilles mantiene también un contacto bastante directo y puntual con la publicación emblemática de la Ilustración, la *Enciclopedia*. La primera vez que aparece una alusión a la misma es en su carta del 10 de diciembre de 1780, haciendo referencia posiblemente a la nueva reedición efectuada en Lausanne. El 5 de marzo de 1782, comunica a Viera la suscripción para él y para el marqués de Santa Cruz a la *Enciclopedia metódica* de Pancoucke, cuyos ejemplares remitirá, a partir de ese momento, puntual y sistemáticamente a España hasta su salida de París.

Uno de los personajes con los que tuvo ocasión de charlar, con motivo de sus estancias veraniegas en el balneario de Spa, acompañando a la familia del Infantado, fue con el filósofo e historiador Guillaume Raynal. Su *Historia filosófica de las dos Indias* (1770) se había convertido, junto con la *Historia de América* (1777) del escocés William Robertson, en objeto de escándalo de las viejas potencias coloniales y en punto de arranque de un ácido debate sobre la presencia y labor de los españoles en América. El nombramiento, por influencia de Pérez Bayer, del también valenciano Juan Bautista Muñoz como cosmógrafo mayor y cronista de Indias, llevaba parejo, como sabemos, el encargo de una historia del descubrimiento y colonización de América que respondiese a los ataques de estos dos ilustrados. La opinión que nos ha llegado de Cavanilles respecto a Raynal deja traslucir, por una parte, la fascinación por la inteligencia y el método del francés y una prudente distancia, por la otra, ante sus opiniones demasiado radicales: "Ayer hablé muy a la larga

público ha entrado a criticarla ni elogiarla. Dígame Vm. con franqueza la sensación que ha producido en la masa de nuestra nación y en la Corte. Yo no sé hasta ahora cosa alguna, en medio de haber enviado cerca de 300 ejemplares". Comentario que cobra mayor significación si tenemos en cuenta que va precedido de uno anterior en el que hace alusión a su deseo de ingresar en la Academia de la Historia: "No pensé jamás que mi pobre producción llegase a manos de la sabia Academia de la Historia (de quien quisiera tener el honor de ser miembro); pero, puesto que el Sr. Campomanes ha dado su ejemplar, infórmeme Vm. si tiene el correo franco, y le embiaré un par de ellos, para que se quede S. II^a con alguno, si no halla atrevida esta idea". De Cavanilles a Viera, 14-Vm-1784.

Cavanilles debía ser consciente, desde luego, de la importancia política de Campomanes, personaje al que, además, reconocía un prestigio intelectual innegable. Sin embargo, por esas fechas, el que durante tantos años había sido fiscal del Consejo de Castilla, empezaba a perder preeminencia ante el empuje y la capacidad de decisión del primer secretario de Estado Floridablanca. También de ello era perfecto conocedor nuestro personaje, como queda atestiguado por las confidencias que le hace en varias cartas a Viera a propósito de sus contactos con el conde de Moñino y de la confianza depositada en él para conseguir la dirección del Jardín Botánico de Madrid. Vid., por ejemplo, De Cavanilles a Viera, 2-VII-1786, 19-XII-1787, 26-II-1788, 26-III-1788, o 20-VI-1788. Sobre Campomanes, LOMBART, V., *Campomanes, economista y político de Carlos III*. Madrid, Alianza, 1992, especialmente para lo que nos interesa, págs. 305 y sigs.; CASTRO, C., *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*. Madrid, Alianza, 1996, especialmente págs. 445 y sigs. Sobre Floridablanca, HERNÁNDEZ FRANCO, J., *La gestión política y el pensamiento reformista de Floridablanca*. Murcia, 1984.

²⁴ "No me causa novedad el letargo de la nación, ni el enojo que manifiesta contra lo que llaman novedades del otro lado de los Pirineos, pues deben andar siempre tan unidos, que se desvanecería aquél en el momento en que se empezasen a descubrir las luces. No es decir esto que no lo sienta... Pero amigo, no hay más consuelo que el desespere y la firme resolución de evitar hombres indignos de sociedad por ser enemigos de que haga algunos pasos la razón..." De Cavanilles a Viera, 2-III-1779.

con el abate Raynal que, desterrado y perseguido por sus paisanos, ha buscado asilo en los países extranjeros. No se puede negar que este hombre tiene talento, muchas noticias y el que medita infinito". Ante el anuncio de una nueva obra del francés, teme por sus repercusiones "porque él jamás escribirá nada sin que vomite mil pestes contra los soberanos a quienes trata de opresores, y sin animar a los pueblos a una rebelión y a lo que él llama libertad de pensar y de conciencia".²⁵ Su prudente distanciamiento político, su ubicación en el centro de esa "política" de Corte y de Gobierno que puede dar lugar a reformas desde una actitud de "buen gobierno" y de "buena policía",²⁶ queda bastante bien reflejada.

Tanto la carta en que hace referencia a Raynal, como la posterior fechada en La Chevrette, a 22 de octubre de 1781, constituyen, sin lugar a dudas, el referente más claro de la inflexión de Cavanilles hacia su interés por la botánica como ciencia experimental específica. Es cierto que, en esa marcha ascendente hacia lo que acabaría siendo en él una obsesión, todavía habría que reseñar su breve paréntesis de apologista en respuesta a Masson. Pero, lejos de haberlo desviado hacia una "república de las letras", nuestro autor volvió con más interés, si cabe, hacia el reino de los naturalistas, en general, y hacia la botánica, en particular.²⁷ En 1786, reconocía estar ya totalmente "anegado en la botánica". El Cavanilles más complejo y poliédrico -aunque siempre con un inequívoco sesgo hacia las "ciencias de la naturaleza"- de los primeros años en París, iba dejando paso a una persona más centrada en un aspecto concreto de la realidad observable y analizable. Dentro de lo que suponía todavía la indeterminación y la generalización propia de la episteme de la entonces llamada Historia natural, el mundo de la botánica parecía reunir unas especiales cualidades para ser estudiado y clasificado.

La vuelta de los ojos y de la mirada de Cavanilles hacia la estructura de las plantas y hacia la observación de los herbarios y jardines no le hizo perder en absoluto -más bien lo reforzó- su persistente interés por una "colocación" que debía venir, por supuesto, por una disposición oficial que le permitiese regresar a España. A fin de cuentas, esto debía formar parte también del mismo proceso de definición vocacional de un preceptor de pupilos de la aristocracia que daba la impresión de no haberse encontrado nunca demasiado satisfecho con esa actividad "privada". Además, encerrarse en un "herbario" no tenía por qué contemplarse como una renuncia a seguir mirando el mundo de una manera más o menos crítica. Estaba ocurriendo, siguiendo un neto presupuesto ilustrado, que el mundo podía contemplarse también desde esos "ricos herbarios" o "jardines". Desde un progresivo proceso de diferenciación e individualización del objeto de estudio, éste

²⁵ De Cavanilles a Viera, 16-VIII-1781.

²⁶ Una manifestación de este tipo de política es la que hace patente cuando critica el mal estado de los caminos en España, algo que, siendo un recurso tópico en la mayoría de los ilustrados, diseña, no obstante, un campo de intervención del gobierno de complejas repercusiones y significados, más allá del establecimiento de una infraestructura de comunicaciones. Vid. REGUERA RODRÍGUEZ, A.T., *Territorio ordenado, territorio dominado. Espacios, políticas y conflictos en la España de la Ilustración*. León, Universidad de León, 1993.

²⁷ A propósito del paréntesis apologista, me ha asaltado varias veces la tentación de interpretar las *Observations de M. l'abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la nouvelle Encyclopédie* como una obra oportunista en el sentido de responder a un claro propósito por parte de su autor de darse a conocer. Inmediatamente después de publicada, son varias las cartas en que Cavanilles muestra a su corresponsal Viera una ansiedad algo desmedida por las repercusiones de la obra, lo que unido a ciertas alusiones por su interés por la creación de una Academia de las Ciencias o por la entrada en la de la Historia, que ya vimos, parece confirmar esta sospecha. En cualquier caso, esa fue la primera obra por la que se dio a conocer Cavanilles, pero que no tendría ningún tipo de continuidad. Ya en septiembre de 1784, doliéndose de un episodio que había ocurrido con la censura a propósito del envío de un cajón de libros con destino a España, afirmaba taxativo y concluyente en una posdata: "Ya no pienso más que en mi botánica". De Cavanilles a Viera, 17-IX-1784.

podía acabar convirtiéndose en un microcosmos contenedor de un “mundo entero”. La actitud política de Cavanilles, “su” política, seguía siendo la de siempre: la de la administración y la reforma por parte del gobierno y no la de la participación. Todavía en Francia, tras el estallido de la revolución, volvía a señalar a su corresponsal cual era su terreno de actuación, por si alguna duda pudiese quedar: “Yo le daré a Vm. aviso de lo que ocurre en orden a mi persona, pero jamás hablaré de asuntos políticos, ajenos de un herbolario, refiriéndome a la respuesta de un gran filósofo: *Ma tête est un pré, je ne vois que des plantes*” Esto era dicho como punto final de la carta en que anunciaba a Viera, por primera vez, el acontecimiento revolucionario...²⁸ Podía haber política -y de hecho la había- en el ilustrado y en el botánico Cavanilles, aun habiendo convertido su cabeza en un prado; pero era, desde luego, otra cosa distinta a aquella que parecían presagiar los agitados días de 1789.

La revolución, en efecto, había estallado sin que nuestro autor mostrase una excesiva conmoción ante tal hecho. En el mismo corazón de París se había producido esa “rebelión” de los pueblos a la que según Cavanilles parecía animar Raynal, pero él se encontraba, en ese momento, fuera de la capital. Entre la toma de la Bastilla, en julio de 1789 y la primera carta de Cavanilles en la que hay mención al fenómeno revolucionario, pasaron dos meses que permitieron sin duda a nuestro autor, calibrar los efectos no deseados de tal conmoción: “Aquí estamos todos buenos -dirá en septiembre de ese año- rodeados de un pueblo muy distinto del que Vm. conoció, que intimida y acaricia, destruye y corta con ánimo de regenerar. Muchísimos se quejan, y los otros rien; pero yo, en medio de esta revolución y escenas trágicas, me mantengo agarrado a mis plantas, sin cuidar ni preveer a donde caerán los golpes y ruinas y sin calcular hasta dónde llegará la comición”²⁹ No creo que estemos en presencia de la opinión de un reaccionario incapaz de entender los mecanismos últimos de la conmoción que le ha tocado, cuando menos, contemplar como observador privilegiado. Su sentencia final de permanecer agarrado a sus plantas no es la de un diletante desdeñoso ante su entorno, sino más bien la de una persona que, bien situada intelectualmente, capta la dialéctica de extremos a que parece empujar el deseo de “regeneración” sin que se sienta empujado ni obligado a optar por ninguno de ellos. Más allá de la metáfora literaria, la descripción de ese pueblo que “intimida y acaricia”, “destruye y corta”, pero para “regenerar”, parece mostrar la perplejidad de un hombre no demasiado convencido ante determinados medios, pero embarcado, al menos teóricamente, en ese mismo deseo de cambio y de regeneración.

Sus supuestos, sin embargo, no eran todavía - ni llegarían a serlo nunca-, los de esa nueva política que salía a la luz pública en las plazas de París y de otras ciudades y pueblos franceses, sino los de esa concepción de la política como posibilidad de intervención reformista que podía perfectamente diseñarse tanto desde una secretaría de estado como desde un gabinete de botánico. Meses más tarde, estando ya de vuelta en Madrid, relataría a su amigo las sensaciones de pérdida de ese mundo que se había convertido en un infierno: “...ya he dejado aquella Lutecia, delicia en otros tiempos de los hombres y hoy día laberinto, horror y infierno; ya he dejado, tal vez para siempre, mis amigos y compañeros en la botánica, *los ricos herbarios y los jardines que encierran el mundo entero*”.³⁰ Un sentido todavía bastante omnicompreensivo de lo político que, sin embargo, o precisamente por ello, no se avenía con una perspectiva más articulada y plural de la red de intereses

²⁸ De Cavanilles a Viera, 8-IX-1789.

²⁹ De Cavanilles a Viera, 8-IX-1789.

³⁰ De Cavanilles a Viera, 25-XI-1789. Subrayado mío.

económicos, sociales y políticos en que estaba deviniendo la sociedad. Cuando es posible imaginar “un mundo entero” contenido dentro de un herbario o de un jardín, resulta evidente que puede imaginarse coherentemente una posibilidad de modificación y ordenación de ese mismo mundo desde la propia práctica intelectual y profesional. ¿Qué otra cosa había sido, si no, *La Enciclopedia*?³¹ Creo, no obstante, que la simbiosis más perfecta entre ciencia e ilustración política, en el caso de Cavanilles, la podemos encontrar en sus *Observaciones* y en los viajes por el viejo Reino de Valencia (1791-1793) que le precedieron.

DE LA CONTEMPLACIÓN DE UNA FLOR A LA OBSERVACIÓN DE UN TERRITORIO

La exposición de un cierto plan de trabajo que incluyera un recorrido por los diversos reinos de la monarquía hispánica la encontramos ya en el momento mismo en que Cavanilles muestra un interés mayor por la botánica. Efectivamente, en octubre de 1781, ante una noticia referente al Jardín Botánico de Madrid, le precisa a Viera: “Mucho celebro ese gran jardín botánico que Vm. me pondera (...) Pero, aunque esto es excelente e indispensable y aunque las explicaciones públicas contribuyen a aumentar los útiles conocimientos que encierra el reyno vegetal, con todo creo faltan muchas cosas. La primera es un buen *diccionario* botánico y la segunda, un buen *Systhema*. Este, sin disputa, debe ser el de Lineo, y aquél la obra de muchos instruidos. A más de estos, son indispensables la flora general de España, y luego las particulares de cada reyno, debiendo éstas preceder y dar los elementos para aquella”. Y remataba con estas significativas palabras: “Inste Vm. y ostigue a quantos puedan allanar el camino, y yo le embiaré a Vm. luego que pasemos a París todo el Lineo y La Marck, para que quando tenga el gusto de llegar ay, halle maestros que me enseñen”.³²

No parece que forcemos demasiado la interpretación de este fragmento de texto si afirmamos que en él Cavanilles, antes de que tuviera definido un programa concreto de actuación en Francia como botánico y antes, por supuesto, de su breve paréntesis apolo-gético, había lanzado la posibilidad de un proyecto general que incluyera la visita a los distintos territorios de la península y del cual él tenía esperanzas de formar parte. Su posterior viaje por el Reino de Valencia se enmarcaría así en unas coordenadas más amplias que las de una mera compensación, a su vuelta de París, por la tan ansiada dirección del Jardín Botánico. El objetivo inicial, por supuesto, era el de herborizar, tal como, en efecto, se realizó durante el primer año de su recorrido, en 1791.³³ Sin embargo, sabemos también que el proyecto se convirtió en algo más complejo. Lo que inicialmente no parecía sino el primer paso de un magno diseño de botánica, se terminó convirtiendo posteriormente en una de las obras más emblemáticas de ese final esplendoroso de la cultura de la Ilustración en la que la pluralidad de los puntos de vista que iban diseñando los distintos saberes no había logrado todavía resolverse en una diversidad separada de ciencias.

A partir de un determinado momento de su estancia en París, la dedicación teórica y práctica de Cavanilles a la botánica fue afirmándole en las ventajas de la técnica de la

³¹ Ese sentimiento de aislamiento omnicompreensivo había sido ya señalado por D'Alembert, sin que ello fuera obstáculo -bien al contrario- para una posterior relación de los componentes de la “República de las letras” con el mundo circundante: “Heureux au moins les gens de lettres s'ils reconnaissent enfin que le moyen le plus sûr de se faire respecter est de vivre unis (...) et presque renfermés entre eux; que par cette union, ils parviendront sans peine à donner la loi au reste de la nation sur les matières de goût et de philosophie”. *Cit.* en LARRERE, C., *L'invention de l'économie au XVIIIe. siècle*. Paris, PUF, 1992, pág. 81.

³² De Cavanilles a Viera, 22-X-1781.

³³ MATEU, J.F., “El viaje de Cavanilles...” s/p.

observación, la disección y la clasificación. Lo observado era captado y analizado en su más recóndita esencia y, de esta manera, quedaba perfectamente ordenado en el interior de un sistema. El desorden de la apariencia se convertía en un orden esencial cuya captación pasaba a ser un objetivo primordial de la ciencia y una premisa inexcusable para cualquier actuación práctica. Ordenar para intervenir: ese podía ser muy bien el paradigma de un espacio que entrelazaba en un continuo ir y venir la reflexión teórico-científica de los distintos saberes y la práctica social y política. Impensable todavía la una sin la otra, era esa especificidad la que dotaba de un eminente carácter utilitarista casi inmediato a cualquier rama del conocimiento dieciochesco e, incluso, del primer liberalismo. Saber y poder, recordando a Foucault, se entrecruzaban en una trama compleja, difícil de separar en sus componentes, pero de efectos altamente productivos.

La gran revolución de este método no sobrevino de su aplicación al mundo inerte (que había servido a lo largo del siglo XVII de ensayo de una nueva racionalidad y de una nueva metodología), sino de su traslación al mundo de los seres vivos. La naturaleza, en su sentido más amplio, podía ser observada como ese gran receptáculo y contenedor de múltiples y variadas realidades susceptibles todas de la misma técnica y la misma metodología de la observación, disección y ordenación. Como muy bien fue puesto de relieve por Michel Foucault, la clave del cambio no consistió en que aparecieran nuevas cosas a la observación humana, sino en que empezaran a *mirarse* de una nueva manera; las “cosas” ya no son lo que su nombre indica u oculta, sino aquello que existe al margen de su nombre, de “las palabras” que las designan. Esa distancia entre “las palabras” y “las cosas” debía y podía ser atravesada por nuevas disciplinas y saberes, de entre ellos, la *Historia natural* ocuparía ese lugar, a un tiempo distanciador y a un tiempo unificador, de todo aquello que podía ser objeto de análisis, de observación y clasificación. Ciencia puente entre la cosmogonía medievalizante de la marca y del nominalismo, por una parte, y entre el evolucionismo y el organicismo decimonónico, por otra,³⁴ es en ella donde cobra su pleno sentido y significación las *Observaciones* de Cavanilles.

He intentado mostrar en las páginas anteriores de qué manera se va produciendo el decantamiento progresivo de nuestro autor hacia el ámbito de la naturaleza, hasta el punto de reducir su mundo al espacio de un herbolario. Era una opción no sólo vital, sino también y, sobre todo, teórica y metodológica. De entre todo lo que contiene y puebla ese mundo de lo natural, las plantas representaban ese ámbito a mitad de camino entre el “reino” de lo móvil y de lo dotado de vida, y ese otro de lo inerte y de lo mineral. Un cierto e inquietante antropomorfismo parece presidir en algunos momentos la actividad de Cavanilles como aficionado a las plantas. Recordándole a su amigo su pasión dominante y su ansiedad por ver el estado del jardín a la vuelta de un periplo veraniego con los duques del Infantado, le escribía estas significativas y descriptivas palabras: “Así, pues, apenas amaneció el día que pasé a hacer mi reconocimiento, pero, si tuve gusto al ver muchas en flor y otras a punto de agotarse, no fue menor el sentimiento al desenterrar cuerpos muertos, sofocados por el poder desmedido de sus vecinos, y ver que entre muertas y vivas no llegaban aun a formar un tercio de las que sembré, como vera Vm. en

³⁴ Según afirma el filósofo francés, “la constitución de la historia natural, con el clima empírico en el que se desarrolla, no es la experiencia que fuerza, de buen o mal grado, el acceso a un conocimiento que guardaba antes la verdad de la naturaleza; la historia natural -que justo por ello aparece en ese momento- es el espacio abierto en la representación por un análisis que se anticipa a la posibilidad de nombrar: es la posibilidad de *ver* lo que se podrá *decir*...”. FOUCAULT, M., *Las palabras...*, págs. 130 y 146. En general todo el capítulo quinto, “Clasificar”, págs. 126-163, proporciona insuperables sugerencias para este tema. Indispensable también el capítulo XII, “Clasificar toda la creación” en BOORSTIN, D.J., *Los descubridores*. Barcelona, Crítica, 1989 (3a), págs. 406-460.

la lista que incluyo. También he notado en ella las que estaban mal bautizadas y las que no han florecido este año, que conservaré preciosamente para el que viene".³⁵

Sin embargo, al lado de esta posibilidad de escrutar y ordenar algo dotado de vida la botánica facilitaba la manipulación más o menos sencilla de sus múltiples componentes e individuos. El cuadro final que quedase compuesto y dibujado, neto y preciso en sus trazos y en todos sus elementos, sería el resultado de una técnica muy precisa: aquella que, justamente, empezaba a marcar la distancia entre el conocimiento científico y la simple afición esteticista, entre la botánica y la floristería. Conocedor de unos dibujos sobre plantas con los que, al parecer, se quería obsequiar al príncipe de Asturias, futuro Carlos IV, le escribe a Viera: "(...) quisiera saber (...) si la descripción y dibujos son botánicos o floristas, porque siendo botánicos, se deben poner a un lado de la lámina o estampa todas las partes de la fructificación disecadas, separadas unas de otras, con los caracteres específicos y con los colores y magnitud natural, si es posible, o vista al microscopio, quando es muy pequeña (...). Si fueran así, haría yo todas las diligencias posibles para lograr un egemplar; pero faltándoles dichas circunstancias, las dejaría para las damas o curiosos".³⁶

Al margen del "inevitable" deslizamiento entre lo femenino y el diletantismo, Cavanilles da cuenta aquí de una escrupulosidad que, si por una parte delata el interés del neófito, por otra muestra la seguridad y la contundencia de quien se sabe conocedor de una técnica y de unos procedimientos que marcan y significan un nuevo objeto para el conocimiento científico. El resultado son los *trazos* firmes de un ser aprehendido en sus partes separadas como forma de mostrar aquellas semejanzas y diferencias que le permitan formar parte de un sistema. Será esa ubicación posterior en el interior de ese sistema lo que reconstruya su unidad y su significación en el *continuum* de los seres y de su historia. Una actitud y un método que, soportando el mecanicismo cartesiano anterior, anunciaba ya el organicismo que se avecinaba, en una mezcla que dota de perfiles tan contradictorios y sugerentes la actividad científica e intelectual del siglo XVIII.

El ojo (o el microscopio) que ve para diseccionar, ordenar y clasificar, se adentra a veces más allá de lo externo o inmediato, hasta penetrar en las profundidades de un organismo cuya existencia misma se reconstruye a base de las partes separadas. No es la vida o el funcionamiento lo que lo significa, sino su pertenencia a un sistema gracias a su estructura específica.³⁷ Pasar de la botánica a la descripción y ordenación de un territorio no debía suponer, en las condiciones intelectuales y políticas de finales de siglo, una violencia intelectual especial. Creo que las dos actividades son la proyección, a ámbitos diversos, de un mismo paradigma científico perfectamente conocido por nuestro autor.

Se ha dicho y se ha recordado que las *Observaciones* de Cavanilles forman parte de un conjunto de obras, de difícil catalogación, que proliferaron durante la centuria a lo largo y lo ancho de la geografía peninsular, y que tienen su precedente en las campañas de Guillermo Bowles por España y su posterior *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* (1775). Tales, por ejemplo, la *Historia de las Islas Canarias* (1772-83) de

³⁵ De Cavanilles a Viera, 23-IX-1783.

³⁶ De Cavanilles a Viera, 5-XI-1782.

³⁷ Ese mundo reconstruido por esa forma nueva de mirar es algo incluso digno de ser comunicado y descrito con todo lujo de detalles, llegando a formar parte de la correspondencia íntima con una amiga: "Ahora tengo entre manos los iris, y admirado de la postura de antheras, que descargan su semilla contra las barbas de los pétalos reflexos, empiezo a dudar del sistema recibido, que califica de stigmas las tres divisiones petaliformes. En mis disecciones he hallado que sobre su germen se halla un cuerpo sólido hasta seis líneas antes de la división de la corola; pero allí se reúnen tres ahugeritos o canales que, ensanchándose siempre hasta arriba, van a parar a la raíz de cada estambre contra las paredes triangulares del estigma". De Cavanilles a Viera, 4-V-1784.

José Viera; el *Ensayo...de las producciones marinas de la costa de Galicia* (1784) de José Cornide; las *Descripciones de las islas Pithiusas y Baleares* (1787) de José Vargas; la *Historia de la economía política de Aragón* (1798) de Ignacio de Asso, o la *Descripción económica del Reino de Galicia* (1804) de Labrada...³⁸ ¿Ante qué tipo de obras nos encontramos? Lo difícil -y seguramente lo erróneo- es querer catalogarlas dentro de los saberes ya conocidos y separados del siglo XIX. Con frecuencia se recurre a una técnica descriptiva-acumulativa de su contenido. Así, a propósito de las *Observaciones* de Cavanilles, leemos que debe su prestigio a “les notables contribucions que conté sobre disciplines tan diverses com ara la botànica i l’agricultura, les ciències de la terra, l’economia i la demografia i, fins i tot, l’arqueologia”.³⁹ Pero, ¿cuál es el referente que permite *reducir a una única estructura de un único libro* un conjunto supuestamente tan diverso de aproximaciones a la realidad?

Creo que la obra de Cavanilles puede ser aprehendida en su unicidad y en su lógica interna a partir de la unidad de método que la preside (las observaciones) y del objeto de análisis (el territorio histórico-geográfico del Reino de Valencia), y entre el sujeto que ve y observa y aquello sobre lo que despliega su observación, emerge - se describe, se nombra y se ordena un *continuo de materia* que presenta para nosotros toda la inquietante realidad de una amalgama que somos ya incapaces de captar y de entender como no sea a través de la sistematización y separación de los diversos saberes. Pero, en la época de Cavanilles, ese *continuum* formaba parte del presupuesto mismo de la Historia Natural y a él debemos atenernos.

Tal como nos recuerda en el “Prólogo” de la obra que comentamos, a partir de un determinado momento nuestro autor consideró que sería más útil añadir a las observaciones botánicas de los viajes que inició en 1791 otra serie de “noticias útiles para la historia natural, geográfica y político-económica de España”. El Reino de Valencia, por razones bastante obvias en su caso, sería el primer objetivo de sus observaciones. *Observaciones*, aclara, que serán “propias”⁴⁰, con “el propósito de averiguar la verdad”. La descripción inicial que Cavanilles hace de cómo se han materializado esas “observaciones” merece la pena ser recordada en todos sus extremos por la minuciosidad de un método que traslada a un ámbito de observación más amplio los mismos supuestos y directrices que estaban siendo practicados en el de la botánica: “... atravesaba llanuras y barrancos, y subía hasta las cumbres de los montes en busca de vegetales. De camino examinaba la naturaleza de las piedras, tierras, fósiles y metales; observaba el origen y curso de los ríos, la distribución y uso de las aguas, notaba los progresos que ha hecho la agricultura, y algunos defectos que deben corregirse. En las empinadas cumbres por medio de una brújula tiraba mi meridiana, y luego dirigía la visual a los puntos más sobresa-

³⁸ CAPEL, H. y URTEAGA, L., “José Cornide y su descripción física de España”, en CORNIDE, J., *Ensayo de una descripción física de España (1803)*. Barcelona, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, 1983; y MATEU BELLÉS, J.F.; “El viaje de Cavanilles...”.

³⁹ En LÓPEZ PIÑERO, J.M.² y NAVARRO BROTONS, V., *Història de la ciència al País Valencià*. Valencia, Edicions Alfons El Magnànim/I.V.E.L., 1995, pág. 391.

⁴⁰ A estas alturas sabemos, sobre todo gracias a los avances y análisis que J. Mateu ha realizado del *Diario de las excursiones del viaje a Valencia...* que a las “observaciones propias” y directas habría que añadir y hay que considerar toda una red de colaboradores que le proporcionaron abundantísima información sobre diversos extremos. La condición de ilustrado y conocedor de los ambientes intelectuales valencianos, así como la de clérigo, le debió facilitar extraordinariamente la labor de recogida de información que, incluso, en ocasiones, parece diseñar y planificar a base de la elaboración de unos cuestionarios previos que le era devueltos con posterioridad una vez cumplimentados. Ello, no obstante, no creo que deba restar significación al hecho de que las *Observaciones* es producto de una experiencia directa guiada por el método experimental de una observación que, por antonomasia, debe ser y es propia.

lientes, los picos, las torres de los pueblos, las ermitas, *situando cada objeto en el papel con las respectivas distancias que me daban los prácticos del país: media después las mismas distancias caminando con igual velocidad, y teniendo cuenta con los rodeos y cuestras, harto frecuentes en tierras montuosas. Con estos auxilios he formado el mapa general del reyno...*⁴¹

Como muy bien observa Mateu, el texto que resulta en las *Observaciones* es un texto ordenado y sistemático, en el cual los itinerarios botánicos han sido sustituidos por una división del territorio que lo ordena de Norte a Sur y donde cada una de las unidades que lo componen atiende sistemáticamente el orden enunciado en el título: desde la historia natural hasta los frutos, pasando por los hallazgos arqueológicos, la agricultura, la población, etc. Descritas, ordenadas y clasificadas, todas las cosas son situadas y *representadas* en un espacio concreto y donde el tiempo, una forma muy peculiar de tiempo, actúa también como un elemento de ordenación de ese *continuum* resultante. Porque, efectivamente, una de las claves interpretativas que permite entender esa diversidad de objetos tratados en una obra tan singular como ésta, es precisamente una determinada percepción del tiempo que acompaña, como elemento sustantivo y constituyente, ese espacio intelectual que es la Historia natural.

Si la Historia natural, tal como nos aparece configurada a lo largo del siglo XVIII, admite en su seno, a la manera de contenedor generoso, aspectos pertenecientes no sólo al mundo natural en sentido estricto, sino también al mundo de lo "histórico" y de lo humano, es porque, evidentemente, todavía no existe Historia en el sentido académico e intelectual de la palabra y porque la "historia" que acompaña a la naturaleza es aprehendida desde una concepción muy corta de su tiempo. La naturaleza, su historia, es demasiado "corta", lo suficiente como para devenir casi "humana". A su vez, la historia estricta, la de los hombres, es percibida lo suficientemente prolongada y larga como para devenir casi "natural". Entre el mundo de lo natural y de lo histórico, los fósiles y los restos arqueológicos son aquellos signos que confirman, de hecho, tanto por parte de la naturaleza como por parte de los hombres, ese continuo que se despliega en un tiempo corto y puede ser representado en un mismo cuadro. Si los primeros confirman este tiempo corto de la naturaleza los segundos son ese eslabón perdido que parece enraizar la cultura humana de una manera profunda en un territorio físico.

Creo que no se ha prestado suficiente atención a las palabras con las que Cavanilles encabeza el prólogo de las *Observaciones*. En ellas expresa, tal como ya hemos señalado, su intención de juntar "Observaciones y noticias útiles para la historia natural, geográfica y político-económica de España". Mi parecer es que esta formulación secuencial refleja mejor que el título con el que aparecerá publicada la obra los referentes teóricos y metodológicos en los que se mueve Cavanilles. Si éste es el conocido *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, en el primer párrafo del prólogo es la palabra *historia* la que unifica cada uno de los aspectos o facetas de la realidad que van a ser tratados: historia natural, (historia) geográfica e (historia) político-económica. No estamos en presencia de un embrión de Ciencia natural, sino de una Historia natural, tampoco de una Geografía, sino de una Historia geográfica; y tampoco de una Economía o de una Política (o una Economía Política), sino de una Historia político-económica. No se trata de cambios nominalistas sin importancia, sino, en todo caso, de una muestra de esos perfiles resbaladizos que separan y unen al mismo tiempo

⁴¹ *Observaciones...*, T.I.I. Cito por la edición de Castellón de 1971. Subrayado mío.

a los distintos saberes en el cambio de centuria. La pluralidad de “historias” posibilita, en el horizonte dieciochesco, esa secuenciación y ordenación de todo lo observado y visible, y en la que, como afirma Foucault, el tiempo, “lejos de ser un principio de la *taxinomia*, no es más que uno de sus factores. Y que está preestablecido lo mismo que todos los otros valores tomados por todas las otras variables”.⁴²

Mientras en el mundo de los saberes continúe habiendo “historias” resultará muy difícil la emergencia nítida de la Historia. De hecho, desde finales del siglo XVII y, por supuesto, a lo largo del XVIII, resulta extraordinariamente significativo que ese campo del saber humano empiece una andadura rutilante de la mano, precisamente, de los mismos presupuestos de clasificación, ordenación y observación crítico-empírica que vemos en el campo de la Historia natural. La obsesión por el documento, su búsqueda, su clasificación sistemática y su ordenación, así como el interés por todo resto tangible y concreto de las civilizaciones a través de los restos y de la arqueología, convierte de hecho a gran parte de la Historia del siglo XVIII en la disciplina de los *monumentos* que, según su sentido más fiel, *recuerdan* pasados gloriosos o hechos heroicos: exactamente de la misma manera que para el peculiar léxico morfológico de Cavanilles, los “monumentos son los testimonios que indican que los montes fueron más elevados.”⁴³

La obra de Cavanilles no se mueve, desde luego, dentro de las coordenadas de una Historia todavía inexistente, sino dentro de las de una Historia natural que permite, en el interior de ese marco imaginario que trazan en este caso los límites físicos y territoriales del Reino, dibujar los múltiples perfiles de todo aquello que contiene, perfectamente ordenado y sistematizado en sus peculiaridades, de las que formaban parte sus privados tiempos. No obstante, el tiempo de la Historia y, por tanto, el final de las “historias” estaba ya muy próximo. De hecho, sabemos que el propio Cavanilles participó, desde 1799, en la fundación de la revista *Anales de Historia natural*, de la que sería, además, gran colaborador. A partir de su tercer volumen, sin embargo, la revista pasaría a denominarse *Anales de Ciencias naturales...* Cambio de nombre, pero también cambio de perspectiva.

Existe, además, otro aspecto en la obra de Cavanilles en la que conviene detenerse. El título de su libro advierte de unas observaciones sobre “agricultura, población y frutos”; y en su prólogo recordemos que anuncia como tercer objetivo una (historia) política-económica. Con estas formulaciones parece evidente que Cavanilles pretende culminar su mirada sobre las manifestaciones más estrictamente humanas de esa realidad unitaria que se va a describir formando parte de una misma estructura y de un mismo “cuadro”, de un mismo *libro*, en definitiva, que vendría significado, en sus objetos a observar y en su metodología de observación, por la Historia natural.⁴⁴ De alguna manera, nuestro

⁴² FOUCAULT, M., *Las palabras...*, pág. 152.

⁴³ En MATEU, J., “Teorías geomorfológicas...”, pág. 285. Para el horizonte historiográfico que desde finales del siglo XVII se reconstruye a partir de la dualidad o distinción entre historia “literaria” e historia “erudita”, WAQUET, Fr., “*Res et verba*. Les érudits et le style dans la historiographie de la fin du XVII^e. siècle”, en *Storia de la Storiografia*, 8 (1985), págs. 98-109. Un ejemplo de las similitudes y proximidades entre la Historia natural y la Historia naciente en HANNS, P., “Narration and Structure in Late Eighteenth Century Historical Thought”, en *Storia de la Storiografia*, 10 (1986), págs. 77-90.

⁴⁴ Advirtamos, de pasada, que, en ese “camino” entre lo más natural y lo más humano, la Geografía parece representar el puente entre uno y otro mundo. Señalando la importancia de esta disciplina para los “historiadores” modernos, Capel y Urteaga recuerdan cómo “la geografía suponía descripción del marco territorial donde se desarrollaban los hechos históricos y, sobre todo, reconstrucción de la geografía pretérita como elemento básico para la intelección de la historia antigua”. CAPEL, H., y URTEAGA, L., “José Cornide y su descripción...”, pág. 23. En algún lugar y en algún momento debería producirse ese encuentro imaginario entre una geografía pretérita y una primera historia de la humanidad. Se acentuaría así la sensación de un devenir continuo que sólo esperaba ser descifrado y descubierto en sus signos y en sus restos.

autor roza con ello la naciente Economía Política y a través suyo se inscribe en uno de los saberes más directamente ligados al ámbito y a la lógica de la política del absolutismo.

La Economía Política, en efecto, en tanto que traslación (aunque no mecánica ni instrumental) de una lógica de funcionamiento desde la unidad del "oikos" a la más amplia de la "polis", para acabar constituyéndose en una ciencia de lo civil o de lo privado, hunde también sus raíces en esa búsqueda de cuantificación y control de la riqueza. Una riqueza que, más allá de concretarse o significarse exclusivamente en el intercambio y circulación del patrón de equivalencia por antonomasia, la moneda, empieza a concebirse como algo que *se produce* y que debe ser estimulado, conocido, cuantificado y controlado. Es por eso que la reflexión moderna sobre la economía empieza, a finales del XVII, desde una perspectiva superadora de un escolasticismo más apegado a lo esencial que a lo cuantitativo. Como afirmara el que pasa por ser el creador de esa nueva "Aritmética Política", Wiliam Petty, se trataba, con su nuevo método de "en vez de usar solamente comparativos y superlativos, y argumentos intelectuales, (...) expresarme en términos de número, peso y medida (...), de usar sólo argumentos basados en la sensación y de tomar en consideración únicamente aquellas causas que tienen fundamentos visibles en la Naturaleza..."⁴⁵

En el largo camino recorrido desde finales del diecisiete hasta su "emancipación" como ciencia de lo privado o de lo civil, a finales del siglo XVIII, la Economía Política se va consolidando como un espacio de reflexión del que resulta extraordinariamente difícil separar sus componentes morales y, sobre todo, su implicación con el naciente mundo del Estado.⁴⁶ A medida que el espacio de la Corona y de la monarquía, desde la práctica absolutista, va configurando, en la realidad y en el imaginario de la colectividad, ese otro espacio de "lo común" y del "bien general", el control de los hombres y de aquello que producen, su cuantificación, su descripción e, incluso "su historia", se convierten en los instrumentos necesarios de un poder político que, a fuerza de conocer su espacio de dominio, cree estar no sólo asegurando su prosperidad, sino la de todos y cada uno de sus súbditos. El reconocimiento a la legitimidad de los mecanismos de enriquecimiento individual tiene sus límites en la propia capacidad de los aparatos políticos y administrativos de la monarquía de contener el "desafuero" y proyectarlo en un espacio de reconocimiento común que no es otro que el del "Estado". El camino de ida y vuelta entre el espacio de *lo político* y una sociedad que se va "despolitizando" a marchas forzadas puede ser transitado, de alguna manera, a través de este saber eminentemente instrumental en sus orígenes y en sus objetivos.

La misma situación peculiar de una tan peculiar lógica política como la del absolutismo, junto a las diversas tradiciones intelectuales que van alimentando ese campo de reflexión de la economía política, sitúan a este saber, a lo largo del siglo XVIII, al menos en la

⁴⁵ PETTY, W., *Political Arithmetick* (1690), cit. en RONCAGLIA, A., *Petty. El nacimiento de la economía política*. Madrid, Pirámide, 1980, pág. 37.

⁴⁶ Sobre ese amplio horizonte de interrelación entre las perspectivas más pragmáticas y utilitaristas, y las derivadas del mundo de la moral, vid. MAUZI, R., *L'idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIII^e siècle*. Gêveve, Slatkine Reprints, 1979. Ni siquiera Adam Smith, el supuesto aplicador al análisis y a la sociedad económica de un "liberalismo desregularizador" *avant la lettre*, puede ser sustraído de todo un contexto político y moral en sus formulaciones. Recordemos que, antes de *La riqueza de las naciones*, es el autor de *La teoría de los sentimientos morales* (1759) y el profesor que dictó unas *Lecciones sobre jurisprudencia en Glasgow* (1762-63). Sobre las nuevas lecturas de Smith en un contexto de transición marcado todavía por los presupuestos de la filosofía moral, CONILL, J., "De Adam Smith al imperialismo económico", en *Claves de razón práctica*, 66 (octubre 1996), págs.52-56. Sobre la necesaria perspectiva de una relación economía-política, DEANE, Ph., *El estado y el sistema económico. Introducción a la historia de la economía política*. Barcelona, Crítica, 1993.

tradicón continental, frente a una doble posibilidad de líneas de desarrollo, no siempre ni necesariamente contradictorias entre sí. Estaría, por una parte, aquella línea que desde la cuantificación y desde la metodología eminentemente descriptiva va elevándose hasta la consecución de una perspectiva abstracta, unitaria e interrelacionada de la riqueza. Será aquella tradición que, desembocando en Smith y habiendo pasado por la Fisiocracia, consigue superar la antigua perspectiva de “las riquezas” para entronizar en su horizonte teórico a “la riqueza”. Serán los creadores de esa “ciencia de la economía” que proyectará sobre el siglo XIX la omnipresencia de un discurso utilitarista y productivista que pivotará, en gran medida, en torno a la noción de “sistema económico”.

Pero nos encontraríamos, junto a esto, con otra línea de desarrollo, bastante desatendida por cuantos rastrean los “orígenes científicos” de la nueva ciencia, y a cuyos numerosos componentes se les podría aplicar ese calificativo tan schumpeteriano de “prácticos”. Se trata de un amplio conjunto de intelectuales, ilustrados y burócratas, en muchas ocasiones, que no sobrepasaron generalmente el nivel de la descripción ni se sustrayeron tampoco a la idea de una perspectiva concreta e historicista de las riquezas y de las diversas producciones. Para muchos de estos escritores, la economía política era no sólo una posibilidad de conocimiento y, por tanto, de control concreto de las riquezas, sino algo que, como toda actividad humana, tiene su “historia”. A fin de cuentas, contar la riqueza era también contar “la historia” de esa riqueza. No era, por supuesto, “una historia” que pusiese al descubierto su origen abstracto, sino una narración que permitiese concebir aquella como el resultado y la decantación de una actividad humana, institucional, política y socialmente determinada. Para muchos de estos escritores, como para el aragonés Ignacio de Asso, la economía política era todavía “Historia de la economía política”, y su horizonte espacio-institucional no le aconsejaba ir más allá del antiguo Reino de Aragón.⁴⁷ En tanto que algo que tiene “su historia”, podía formar parte, aunque como manifestación humana, de ese sentido omnicompreensivo y abarcador que proporcionaba la Historia natural. Se podía hacer la Historia natural de cualquier territorio y, como continuación de la misma, sin una excesiva violencia metodológica, continuar por la “agricultura, población y frutos”. Eso fue lo que hizo Cavanilles.

Con su viaje por el Reino de Valencia y con sus *Observaciones* Cavanilles pasaría a engrosar ese grupo de gente instruida, ilustrados o burócratas, que, a la sombra del poder de la monarquía aceptaría, en los límites de la centuria, las posibilidades de un absolutismo que había propiciado, sin ningún género de dudas, la creación de un espacio de lo político desde el que impulsar no sólo las reformas pertinentes, sino, en un sentido casi metafórico, la “creación” de la propia sociedad y de sus saberes. No perdamos de vista que el viaje de nuestro botánico por su ansiado Reino de Valencia coincide con la desaparición de la escena política de Floridablanca y con el ascenso al poder del válido Godoy al que, en última instancia, acabaría debiéndole la dirección del jardín botánico de Madrid y su condición de catedrático de botánica.

En un momento de sus memorias, cuando el propio Godoy repasa sus múltiples contribuciones “a las luces y a una sabia economía política”, llega a escribir: “Mientras tanto, viajaban por el reino por cuenta del Estado muchos sujetos instruidos, los unos recogiendo en secreto datos de estadística para las oficinas de Fomento, los otros explorando nuestras riquezas escondidas o ignoradas en los campos, en los litorales y en las entrañas

⁴⁷ Significativamente, la *Historia de la Economía Política de Aragón* es calificada por Latassa, amigo de Asso, como un “libro de muchas memorias de este Reyno”. En el “Prólogo” de CASAS TORRES, J.M. a la edición de 1947 de *Historia de la Economía Política de Aragón* de I. de ASSO (1798), pág. XXV.

de la tierra.”⁴⁸ Uno de ellos había sido, sin lugar a dudas, el propio Cavanilles. Es en esas coordenadas donde adquiere toda su significación una obra que se sitúa en el corazón de las complejas relaciones entre el poder y el saber a finales del siglo XVIII. Es una obra, en suma, elaborada en “un tiempo de política” y que proyecta también, desde su misma estructura y desde su mismo contenido, una determinada política. También las *Observaciones* tienen, en definitiva, su “economía política”...

Pronto, sin embargo, habría otra economía política y otra concepción de la política. Determinados intelectuales, en algunos casos también burócratas, estaban ensayando, desde el interior de las instituciones, el desarrollo y aplicación de una “economía política” que se les antojaba inicialmente como una ciencia capaz de enderezar por buen y efectivo camino la capacidad reformista y “constituyente” de la monarquía. En su caso, sin embargo, esa nueva ciencia pronto se aunó con toda una nueva concepción de la sociedad y de la política incompatibles con los estrechos límites que estaba marcando un reformismo ya periclitado en los inicios del siglo XIX. Los suyos serían ya tiempos de política con políticos...

* GODOY, M., *Memorias críticas y apoloéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón*. Madrid, Atlas, 1956 (edic. y estudio preliminar de D. Carlos Seco Serrano), Vol. I, pág. 410.



Siluetta de A. J. Cavanilles trabajando en su escritorio, *apud* Reyes Prósper (1917).

